

Romper los lazos entre masculinidad y violencia

Michael Kaufman

Resumen:

Este trabajo analiza la necesidad de dirigirse a los hombres e implicarlos en acabar con la violencia contra las mujeres. Revisa algunos de los problemas y retos de esa tarea y presenta algunos principios guía. Finalmente, ofrece una visión general del trabajo que se está llevando a cabo dentro del ejemplo más desarrollado de esta labor, la Campaña del Lazo Blanco.

El desarrollo de mi nueva huerta el verano pasado fue de la siguiente manera: días de trabajo arando la pesada tierra arcillosa, cavando la fresca tierra superficial y el compost, plantando, mirando cómo surgían los primeros brotes que rompían el suelo, cuidando las todavía frágiles plantitas, regando y quitando malas hierbas y, dos meses más tarde, sintiendo un enorme placer al descubrir el primer tomate solitario lo suficientemente maduro para comer. Entonces, de pronto, todo se tornó salvaje: una maraña de tomates, patatas, calabacines, pepinos, pimientos, maíz, calabazas, hierbas y ocho variedades de lechuga. Había necesitado mucha paciencia y duro trabajo, pero la explosión de toda esa materia verde a lo largo de una o dos semanas casi parecía una sorpresa.

Podrían decir que solo soy uno de ese puñado de hombres que ha cuidado una huerta en los últimos veinte años. Cosa de hombres, como a veces lo describo (en lugar del título mucho más pretencioso y bastante menos preciso de "movimiento masculino a favor del feminismo" - menos preciso en el sentido de que, una vez conocidos los nombres de la mayoría de los participantes, el término "movimiento" parecía ligeramente pretencioso). Trabajé con hombres jóvenes y ancianos en temas de género. Trabajé con hombres para acabar con la violencia contra las mujeres. Construimos lugares de trabajo sanos, sin acoso.

Construimos relaciones sanas y cambiamos los papeles de los hombres dentro de la familia. Había muchas hileras, algunas bien cuidadas y otras menos. Pero, como aquel primer tomate, las cosechas fueron pocas. Los éxitos a menudo se medían por la satisfacción o en relación con uno o dos hombres distintos. Nuevas amistades en el mundo. La inspiración surgida del trabajo de otros hombres y otras mujeres. La mirada de alivio y las palabras de agradecimiento de algún chico adolescente al final de una charla en un auditorio de instituto. La carta o llamada telefónica o palabra personal sobre lo que había significado uno de mis libros para alguien. La naturaleza un tanto acogedora de este trabajo se ha vuelto del revés a lo largo del último año.

Repentinamente, mire donde mire (o cualquier lugar que visite o cualquier cosa que lea) hay aún alguna otra iniciativa para dirigirse a los hombres y jóvenes o implicarlos en temas de género en general y en terminar con la violencia hacia las mujeres en particular.

Como el jardín que explota en una maraña de gloria veraniega, estos acontecimientos e iniciativas, conferencias y talleres, investigaciones y organizaciones, no han surgido de la nada. La base fue establecida por el trabajo continuo de las organizaciones de mujeres de todo el mundo. Pero, a diferencia del desarrollo del feminismo en América del Norte, Europa y Australia, tengo la impresión de que en gran parte del resto del mundo, el feminismo se ha desarrollado con un fuerte sentido de necesidad de llegar a los hombres e implicarlos como aspecto central del proyecto feminista.

Aunque llenas de preocupaciones y mucha precaución justificable, las mujeres y las asociaciones de mujeres de América Latina, África y Asia insisten en la necesidad de contar con programas e iniciativas que les permitan llegar a los hombres.

La base también quedó establecida por el duro trabajo de un creciente número de hombres y de organizaciones de hombres que han escrito, investigado y organizado acontecimientos sobre temas de género y sobre el final de la violencia contra las mujeres.

A pesar de tanto trabajo, me preocupa que muchas de las iniciativas más recientes todavía no se estén construyendo sobre las lecciones acumuladas del trabajo que se ha realizado con hombres sobre estos temas.

En este breve artículo comentaré concisamente la necesidad tanto de dirigirse a los hombres como de implicarlos para terminar con la violencia hacia las mujeres, algunos problemas y principios guía y, finalmente, algunos pensamientos sobre el ejemplo más desarrollado de este trabajo, es decir, la Campaña del Lazo Blanco.

¿Por qué dirigirse a los hombres e implicarlos para acabar con la VCM?

En diversos artículos y capítulos de libros he explorado los motivos de la violencia masculina, centrándome en la relación que existe entre dos conjuntos de factores: por un lado, el poder y los privilegios sociales de los hombres en las sociedades de dominio masculino y la permisividad social ante la violencia hacia las mujeres, y por otro, las experiencias contradictorias de los hombres en situaciones infantiles y de poder, como testigos o receptores de la violencia y las exigencias emocionales imposibles que el patriarcado aplica a los jóvenes y a los hombres para que encajen en los apretados pantalones de la masculinidad. (Este segundo conjunto de factores, obviamente, no debe ser considerado una excusa para la violencia, sino una parte de su cadena causal.) (Kaufman 1985, 1993, 1994, 2000).

La relación de los jóvenes y de los hombres con la violencia hacia las mujeres tiene múltiples facetas y resulta muy compleja. Independientemente de su complejidad, se trata de una relación que roza a todos los hombres, de forma directa o indirecta: hay demasiados hombres que practican la violencia. Mientras tanto, la gran mayoría de los hombres ha permanecido en silencio ante la violencia, y por medio de ese silencio, ha permitido que la violencia continúe. Y, finalmente, incluso para aquellos numerosos hombres que no utilizan la violencia, sus vidas también se han visto profundamente afectadas por la construcción de las mismas masculinidades hegemónicas que, a veces, entrañan el uso de la violencia.

Debería resultar claro que existe la necesidad de contar con campañas educativas que desafíen a los hombres a detener la violencia. Desgraciadamente, en la mayor parte del mundo los esfuerzos han sido infrecuentes o inexistentes. Incluso se han realizado menos esfuerzos por llegar a los jóvenes en una época en que están formando sus definiciones de sí mismos como hombres y sus relaciones con otros hombres y mujeres.

Más allá de la importancia de *dirigirse* a los niños y a los jóvenes, creo que alguna de las formas más efectivas de dirigirse a los jóvenes y niños en este tema de hecho requiere *implicarlos* en los esfuerzos por terminar con la violencia hacia las mujeres. En un informe al gobierno de la provincia de Ontario, en Canadá, sugiero que eso se debe a diversos motivos (Kaufman 2001, 70-73).

- (1) La violencia contra las mujeres no es una actividad que fácilmente pueda conducirse hacia una modificación de la conducta. Es muy diferente, por ejemplo, educar a los jóvenes sobre conducir y beber y otros temas que pueden ser enfocados de en gran medida a través de campañas en los medios de comunicación y a través de la información. La violencia hacia las mujeres se produce por una gama compleja y contradictoria de factores profundamente arraigados en la cultura, la economía, la ley, y lo más inextricable, las estructuras psíquicas de la masculinidad. En general, no es el resultado de una falta de información, aunque una información manipulada podría a veces actuar como fuente de alimentación. Las expectativas de género que se aplican a los niños tienden a enfatizar el control a través de la agresión. Esto no

solamente limita su potencial humano, sino que aumenta las apuestas en relación con la violencia y el conflicto: la capacidad de dominar se convierte en una muestra de hombría. Solo si implicamos a los niños y a los hombres en la re-definición de hombría podremos cuestionar esos patrones de dominación y control de manera efectiva.

Por lo tanto, y dados los motivos que he desarrollado en otros trabajos (Kaufman 2000, 2001), involucrar a los hombres y niños en esta tarea requiere, entre otras cosas, crear papeles que puedan desempeñar los hombres y los niños, que nos hagan felicitarnos y que permitan obtener una mayor contribución por su parte. Dichos papeles no solo tendrán un impacto positivo en la reducción de la violencia, sino que también afectarán de manera positiva en una gama de cuestiones que actualmente afectan a las mujeres y niñas de modo negativo.

- (2) También se debe implicar al género masculino (y no solo hablarles) porque los hombres y los niños escucharán a otros hombres y niños, más que a cualquiera, mucho más de lo que atenderán a la ira o a los ruegos de las mujeres o a la voz incorpórea de los medios de comunicación. Si queremos llegar de forma eficaz a los hombres y a los niños, deberán estar involucrados hombres y niños. Esto exige algo más que utilizar una voz masculina en un anuncio radiado. Cuando hablo de implicar me refiero a la participación activa de hombres y niños en la concepción, el desarrollo y la aplicación de esfuerzos en contra de la violencia.

A través de una implicación directa de esa naturaleza, es más probable que encontremos el lenguaje, los enfoques y las técnicas que realmente alcancen a los hombres y niños y cambien su comportamiento. Nuestra meta no debe ser sentirnos bien porque estemos diciendo lo correcto a los hombres, sino resultar efectivos.

Uno de los motivos de la eficacia de ese tipo de participación es que, a través de ella, los hombres y los niños experimentarán una sensación de "posesión" del problema. Esto no significa que sea su tema frente al de las mujeres ni que se deban utilizar recursos desviados de las mujeres, de las organizaciones de mujeres o de los programas dirigidos a las mujeres o a su implicación. Todo lo contrario, se trata del sencillo reconocimiento de que los hombres son quienes practican la violencia y de que, consecuentemente, se trata de un tema de hombres. A través de la implicación activa, los niños y los hombres sentirán que tienen una relación personal con el tema y que se juegan algo en el proceso de cambio. Ese sentimiento, a su vez, producirá mayores energías y liberará nuevos recursos que podrán ser utilizados para acabar con la violencia.

- (3) El último motivo para implicar directamente a los niños y jóvenes no suele ser comentado: las muchas formas que tienen los niños (igual que las niñas) de experimentar el problema de la violencia hacia las mujeres -como testigos de la violencia contra sus madres o por encontrarse en el fragor de la violencia física ejercida por la misma persona que comete la violencia contra su madre- es un incumplimiento de los derechos humanos de esos niños. Hay una creciente bibliografía que nos indica que ser testigos de actos violentos puede tener el mismo impacto que experimentar directamente la violencia o, mejor aún, que se trata de *una* forma de experiencia directa. (Jaffe, Wolfe y Wilson, 1990; Groves y Zuckerman, 1997; Osofsky y Fenichel, 1996).

El artículo 19 de la Convención de los Derechos del Niño establece claramente que todos los estados están obligados a:

Adoptar todas las medidas legislativas, administrativas, sociales y educativas apropiadas para proteger al niño contra toda forma de perjuicio o abuso físico o mental, descuido o trato negligente, malos tratos o explotación, incluido el abuso sexual, mientras el niño se encuentre bajo la custodia de los padres, de un representante legal o de cualquier otra persona que lo tenga a su cargo. (UNICEF, 1997:3)

En otras palabras, debemos dirigirnos a los niños e implicarlos porque se ven demasiado directamente afectados por la violencia contra las mujeres.

¿Un desvío de los recursos de las mujeres?

En todos los lugares a los que he viajado surge una pregunta crítica: si este trabajo con los hombres no resultará un desvío neto de los programas dirigidos a las mujeres y a las niñas o si los hombres desviarán la atención de las preocupaciones de las mujeres. Ese tipo de preocupación debe tomarse en serio.

Como mínimo podemos decir que reconocer la necesidad de dirigirse a los hombres y a los niños significa que los gobiernos y sus agencias han de dedicar incluso más recursos. En otras palabras, el mayor alcance de la tarea puede ser el ímpetu de una mayor financiación encaminada a la realización de esfuerzos para prevenir la violencia. Nos obstante, más allá de eso, creo que llegar a los hombres para prevenir la violencia contra las mujeres es por definición un gasto de fondos públicos para satisfacer los intereses y necesidades de las mujeres. No es dinero gastado en "los hombres", al igual que el dinero dedicado en la reducción de la malaria no se gasta en "los mosquitos".

Reducir los niveles de violencia contra las mujeres no solo mejorará las vidas de las mujeres, sino que tendrá un impacto económico positivo en los programas de mujeres, muchos de los cuales se hallan limitados financieramente debido a la gravedad del problema. ¿Cómo? Si se llega de manera efectiva a los hombres, se reducirá la violencia contra las mujeres, lo que a su vez reducirá la carga financiera sobre los programas para mujeres. Involucrar y movilizar a los hombres aumentará de hecho la base de aquellos que contribuyen financieramente a los programas para mujeres o aumentará la voluntad social y política de apoyar los programas para mujeres.

En otras palabras, soy de la opinión de que, si se hace de forma adecuada, en cooperación con los programas para mujeres, el trabajo de dirigirse a los hombres y niños e involucrarlos redundará en beneficios netos (financieros y de otros tipos) a las mujeres.

Una culpabilidad o inculpación generalizadas simplemente no nos llevarán a ningún sitio

Sean cuales sean esos enfoques, hay una cosa que debemos evitar: cualquier intento de provocar una culpabilidad generalizada o de crear una inculpación global. Una vez vi un pin que creo que fue creado por un grupo de hombres a favor del feminismo y que quería mostrar sus credenciales antipatriarcales. Proclamaba: "Los hombres violan". Me sentí horrorizado. Sí, algunos hombres violan, pero la inmensa mayoría de los hombres no lo hace. Se trataba de un ejemplo de marco basado en una inculpación generalizada y en una culpabilidad generalizada. No solo proclamaba culpables a quienes eran inocentes, sino que mostraba un nivel bastante patético de culpabilidad por parte de los hombres que habían inventado aquel pin: la culpa de ser hombres dentro de una sociedad patriarcal.

Un marco así no tiene cabida en el trabajo que se lleva a cabo con niños y hombres para erradicar la violencia hacia las mujeres.

Es importante evitar en esa tarea cualquier tendencia o tentación de utilizar el lenguaje de la culpabilidad y de la inculpación generalizadas. Sí, los niños crecen con un conjunto de privilegios debidos a ser del género masculino en una sociedad predominantemente masculina. Queremos que los niños y los hombres lo sepan, se enfrenten a ellos, desestimen ese tipo de privilegios, que vean

cómo han sufrido las mujeres y, paradójicamente, el precio que los hombres han pagado por esos privilegios. Y, sí, han aprendido a ponerse la "armadura" y, hasta cierto punto, representar su papel. Queremos que cuestionen las definiciones que a sí mismos se dan de la hombría y que vean cómo ellos (y las mujeres, y los niños, y el planeta) estarían mejor si se deshicieran de esa armadura. Pero ellos no crearon esa sociedad. Ellos no fabricaron de la nada esa armadura cuando tenían cinco o siete o doce o incluso dieciséis e intentaban fervientemente que les encajara. Actúan de una cierta manera no solo para obtener recompensas, sino por un verdadero miedo e inseguridad.

Además, aunque la amplia mayoría de hombres permaneció antiguamente callada ante la violencia hacia las mujeres, la mayoría de los hombres, por lo menos en muchos países, no ha utilizado la violencia física o sexual contra una mujer.

Debido a todos estos motivos, resulta del todo inapropiado utilizar un lenguaje de culpabilidad o inculpación generalizadas. Sencillamente, no resulta exacto.

También se comete un error porque reduce el sexismo a las relaciones individuales y a la identidad individual, en lugar de comprender que el patriarcado y el sexismo son también institucionales y forman parte del sistema.

Tampoco resulta útil en absoluto como enfoque pedagógico. El lenguaje que hace que el género masculino se sienta inculcado por cosas que no ha hecho o culpable por los pecados de otros hombres acabará sencillamente alienando a la mayoría de los niños y de los hombres. Fomentará que se vuelva en nuestra contra. Pondrá a esos individuos contra la pared. No nos llevará a ningún sitio.

Por lo tanto, en lugar de utilizar el lenguaje de la inculpación y de la culpabilidad generalizada, sugiero que utilicemos el lenguaje de la responsabilidad. No una responsabilidad generalizada del problema, sino una responsabilidad de cambiar. El marco que yo prefiero es lo que un alumno estadounidense que ha participado en la Campaña del Lazo Blanco ha descrito como "el marco de los hombres como aliados." La Campaña del Lazo Blanco en su campus, en la Universidad de Carolina del Norte, utiliza un eslogan que describe el papel que desempeñan los hombres para acabar con la violencia hacia las mujeres como el papel de los "aliados en todo momento". (Moore 2001)

Principios guía para un trabajo efectivo con hombres y niños, encaminado a acabar con la violencia contra las mujeres

A principios de 2001 ayudé a llevar a cabo un taller para cincuenta hombres y mujeres de ocho países del Sudeste de Asia, grupo que se centraba en trabajar con hombres y niños para terminar con la violencia hacia las mujeres. Aunque no formaba parte de nuestro diseño original, el grupo desarrolló un conjunto de principios guía para trabajar con hombres y niños. Sentimos que aquellos principios se podían aplicar tanto a tareas de educación/prevenición como a las labores con aquellos que han cometido actos de violencia contra las mujeres.

Como creo que estas directrices constituyen un útil punto de partida para el desarrollo de un abanico de iniciativas, permítanme que cite la declaración al completo: 'Nosotros, los participantes en el Taller Regional del Sudeste Asiático sobre los Hombres y la Violencia de Género celebrado en la ciudad de Lapu Lapu, Filipinas los días 16-20 de abril de 2001, estamos llevando a cabo acciones para terminar con la violencia hacia las mujeres dirigiéndonos a los hombres y a los niños e involucrándolos.

Comprendemos que la violencia de los hombres hacia las mujeres es el resultado del desequilibrio de poder que existe entre hombres y mujeres y de la permisividad social frente a la violencia, incluido el silencio sobre la violencia. También comprendemos que los hombres utilizan la violencia contra las mujeres para compensar sus propios temores e inseguridades.

Su propia educación y experiencias (que les ofrecían privilegios por ser hombres y poder sobre las mujeres) les han limitado como seres humanos. Por lo tanto, terminar con la violencia hacia las mujeres mejorará las vidas de las mujeres y de las niñas, así como las de los hombres y de los niños.

Reconocemos que este trabajo, que implica tanto prevención como intervención, debe guiarse por los siguientes principios:

1. La equidad, la igualdad y la justicia son los cimientos de este trabajo.
2. Se debería consultar, cooperar, colaborar y coordinar con las mujeres y con los grupos de mujeres.
3. Dejamos claro ante los hombres y los niños que la violencia de género en cualquiera de sus formas resulta inaceptable y debe detenerse.
4. La seguridad y la dignidad de las mujeres son primordiales dentro de este trabajo.
5. Reconocemos la diversidad entre los hombres. No todos los hombres utilizan la violencia.
6. Los hombres que usan la violencia contra las mujeres deben responsabilizarse y ser considerados responsables.
7. Comprendemos el potencial que tienen los hombres de cambiar y de ser agentes del cambio. Les apoyamos y animamos a los hombres que no utilizan la violencia a que se expresen en contra de la violencia hacia las mujeres.
8. Utilizamos un enfoque humano, de empatía y positivo con los hombres.
9. Construimos relaciones en la sociedad y animamos a los hombres de todas las clases sociales y económicas y de todos los espectros religiosos, étnicos y políticos a que se involucren.
10. Reconocemos que acabar con la violencia hacia las mujeres incluye cuestionarse definiciones tradicionales de hombría y los papeles que desempeñan los hombres en la sociedad desde la infancia. (1)

Varios de estos principios pueden ilustrarse, en acción, a través de la labor realizada por la Campaña del Lazo Blanco.

La Campaña del Lazo Blanco

Cuando tres de nosotros comenzamos la Campaña del Lazo Blanco en Toronto, en 1991, habría resultado difícil imaginar que llegara rápidamente a convertirse en una institución nacional y que se difundiera en un decenio -con diversos niveles de perfil y actividad públicos- hasta llegar a ser el mayor esfuerzo realizado en el mundo de los hombres que trabajan para acabar con la violencia hacia las mujeres. Hay actividades de la CLB o usos del símbolo de la CLB en veinticinco países por lo menos, de Europa (Austria, Bélgica, Dinamarca, Inglaterra, Finlandia, Alemania, Lituania,

Noruega, España, Suecia), África (Namibia, Marruecos, Sudáfrica), América Latina (Brasil, Nicaragua), Estados Unidos, Australia y Asia (Camboya, China, Japón, India, Filipinas y Vietnam).

La premisa de la campaña es muy directa: hay muchos hombres que no cometen actos de violencia contra las mujeres, pero esos hombres han permanecido tradicionalmente en silencio y, a través de ese silencio, han permitido que la violencia continuara. Llevar un lazo blanco desde el 25 de noviembre, Día Internacional para la Erradicación de la Violencia Hacia las Mujeres, hasta el 6 de diciembre (aniversario de la masacre de Montreal) o participar en una actividad de la CLB, constituye una manera de romper ese silencio y fomentar el autoanálisis. Llevar un lazo es una promesa pública de no cometer nunca violencia contra las mujeres, consentirla o permanecer en silencio ante ella, y es una petición a los gobiernos y a todas las instituciones controladas por hombres para que se enfrenten con seriedad al problema. La filosofía básica del Lazo Blanco es que, aunque no todos los hombres son responsables de cometer actos violentos hacia las mujeres, todos los hombres y niños deben responsabilizarse en acabar con esa violencia.

Es estrictamente no partidista e intenta incluir a hombres de todo el espectro social y político. Trabajamos con las organizaciones de mujeres y urgimos a los hombres a que escuchen las voces y preocupaciones de las mujeres. En Canadá hemos establecido una asociación formal con la Fundación Canadiense de la Mujer para recabar fondos para programas de mujeres contra la violencia y para los programas y servicios locales para la mujer. Y trabajamos en temas relacionados con la paternidad, animando a los hombres a convertirse en padres más activos y comprometidos.

La campaña está acentuando ahora más sus esfuerzos educativos (se incluye una página Web modernizada) y está desarrollando una fuerte capacidad de defensa.

Uno de los componentes más importantes de nuestros programas ha sido desarrollar materiales educativos dirigidos a niños y jóvenes y promover solicitudes de prestaciones en los colegios. A mitad de la década de los años noventa desarrolló un Paquete Educativo y de Acciones que incorpora un abanico de actividades curriculares escolares, actividades extracurriculares, guías prácticas para la organización de actividades del Lazo Blanco y de recolecta de fondos, así como folletos sobre el tema.

Sacamos un cartel anual "El Tipo Famoso". El cartel lleva el título "Esos Tipos saben que ha llegado el Momento de Terminar con la Violencia hacia las Mujeres" y contiene las firmas de diversos hombres canadienses importantes: cantantes de rock, actores, líderes laborales y empresariales, artistas, escritores y científicos. Los carteles incluyen docenas de líneas en blanco como invitación a que los jóvenes y los niños los firmen, poniendo sus nombres en las líneas. Los carteles se cuelgan en escuelas y lugares de trabajo, en oficinas gubernamentales y tiendas, para que los hombres los firmen.

Tal vez lo más importante es que la CLB anima a los hombres y niños a hacer lo que sea adecuado en su comunidad para llegar a otros niños y hombres e involucrarlos. Existen ejemplos sin fin: desde el grupo de estudiantes que hace una película de vídeo sobre la violencia hacia las mujeres, hasta los cientos de escuelas que venden lazos blancos para recaudar fondos para las casas de acogida locales para las mujeres, o los sindicatos que distribuyen lazos blancos y panfletos entre sus miembros, o los equipos deportivos que se ponen el lazo blanco para jugar. La importancia de esas actividades no radica en las actividades como tales, sino en que ofrecen a los niños y hombres la estructura, la motivación y las herramientas que les permitan trabajar como aliados de las niñas y de los jóvenes.

Estas actividades, y miles de otras que como ellas nacen como vigorosas plantas en todo el mundo, nos indican de forma clara que los hombres por fin están comenzando a hablar en contra de la violencia hacia las mujeres. Se trata de un desarrollo largamente alimentado y esperado desde hace

mucho. Ha llegado el momento de utilizar nuestras energías y experiencias acumuladas para garantizar una buena cosecha.

Nota final

(1) Este taller incluyó a 50 hombres y mujeres de Camboya, Indonesia, RDP de Laos, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia, Vietnam y Canadá. Recibió el apoyo del Programa para la Igualdad de Género en el Sudeste de Asia de la Agencia Canadiense Internacional para el Desarrollo, y sus anfitriones fueron la Comunidad Kauswagana y el Centro Social, en colaboración con Hombres Contra la Violencia hacia las Mujeres y los Niños (Cebú)..

Referencias

Groves, Betsy McAlister y Barry Zuckerman (1997). 'Interventions with Parents and Caregivers of Children Who are Exposed to Violence,' pág. 183-201, en Joy D. Osofsky, *Children in a Violent Society*, Nueva York: The Guilford Press.

Jaffe, Peter G., David A Wolfe, Susan Kaye Wilson, *Children of Battered Women*, Newbury Park: Sage Publications, 1990.

Kaufman, Michael. (1985) 'The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence,' en M. Kaufman, ed. *Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power and Change*, Toronto: Oxford University Press, 1985. Reeditado por Laura L. O'Toole y Jessica R. Schiffman, *Gender Violence* (Nueva York: NY University Press, 1997)

Kaufman, Michael. (1993) *Cracking the Armour: Power, Pain and the Lives of Men*. Toronto: Viking Canada.

Kaufman, Michael. (1994) 'Men, Feminism, and Men's Contradictory Experiences of Power,' por Harry Brod y Michael Kaufman, eds., *Theorizing Masculinities*, Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

Kaufman, Michael. (2000) 'The Seven P's of Men's Violence,' en www.michaelkaufman.com;

Kaufman, Michael. (2001) 'Effective Education With Boys and Young Men to Help End Violence Against Women,' Un informe para el Gobierno de Ontario, Canadá.

Moore, Jessie (2001), comunicación personal.

Osofsky, Joy and Emily Fenichel, eds. (1996). *Islands of Safety*, Washington D.C.: National Center for Infants, Toddlers and Families.

UNICEF, 'The Convention on the Rights of the Child and Violence,' *Innocenti Digest*, n. 2 (Septiembre 1997), pág..3.)